

LOS CONDICIONANTES POLITICOS DE LA COMISION
CIENTIFICA DEL PACIFICO: NACIONALISMO
E HISPANOAMERICANISMO EN LA ESPAÑA BAJOISABELINA
(1854-1868) (*)

POR

LEONCIO LOPEZ-OCÓN CABRERA

Dpto. de Historia de América. Centro de Estudios Históricos
CSIC

MIGUEL ANGEL PUIG-SAMPER MULERO

Dpto. de Historia de la Filosofía y de la Ciencia. Centro de Estudios Históricos
CSIC

1. Introducción

Si existen zonas oscuras y problemas mal abordados en la historiografía española contemporánea, desenfocados por el desconocimiento, uno de ellos es sin duda alguna el de la clarificación de los caracteres de la política americana que se desarrolló en España entre 1854 y 1868, problema que se inscribe en los escasos avances realizados en el estudio de las relaciones entre España e Hispanoamérica durante el siglo XIX (1). Debido a estas limitaciones quienes han estudiado la Comisión científica del Pacífico no han llegado a captar del todo la significación histórica y política de tal expedición científica (2). Esta empresa tiene su punto de partida a

(*) Publicado con variantes en *Estudios sobre historia de la ciencia y de la técnica*, Actas del IV Congreso de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia y la Tecnología, Valladolid, 1988, t. II.

(1) La obra de Carlos MARÍA RAMA, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina, Siglo XIX*, México-Madrid, F.C.E., 1982, es el único trabajo de carácter general sobre las relaciones entre España y América latina en el siglo XIX, pero al no estar fundamentada en sólidas monografías previas adolece de numerosos errores de interpretación sobre el significado de tales relaciones.

(2) Agustín JESÚS BARREIRO, *Historia de la Comisión Científica del Pacífico, 1862 a 1865*, Madrid, 1926; Robert Ryal MILLER, *Por la ciencia y la gloria nacional. La expedición científica española a América (1862-1866)*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1983 (1.ª ed., 1968).

Manuel ALMAGRO, *La Comisión Científica del Pacífico. Viaje por Sudamérica y recorrido del Amazonas 1862-1866*. Estudio preliminar de Lily Litvak, Barcelona, Laertes, 1984.

finés de la primavera de 1862 cuando el Ministerio de Fomento eligió a un grupo de naturalistas que habían de viajar con una escuadra que se dirigía a Sudamérica. Se encomendó a este equipo realizar diversos trabajos científicos, como recoger y estudiar especies de animales y vegetales, productos minerales y objetos antropológicos para remitirlos al Museo de Ciencias Naturales de Madrid (3). Las tareas de esta Comisión científica del Pacífico, nombre oficial que recibió la expedición, fueron distribuidas de la siguiente manera:

Patricio M. Paz y Membiela	Presidente.
Fernando Amor	Geología y Entomología.
Francisco de Paula Martínez Sáez	Mamíferos y reptiles acuáticos.
Marcos Jiménez de la Espada	Aves, mamíferos y reptiles terrestres.
Manuel Almagro y Vega	Antropología y etnografía.
Juan Isern y Batlló	Botánica.
Francisco Castro y Ordóñez	Dibujo y fotografía.
Bartolomé Puig y Galup	Disecador.

Los estudios realizados hasta ahora sobre la Comisión científica del Pacífico se limitan prácticamente a una descripción cronológica de las actividades de los naturalistas basada en su correspondencia, en sus diarios (4) y en la documentación oficial que generó la expedición científica. Se elude en ellos, entre otros problemas, un estudio y una explicación de la génesis de la expedición, en especial de las motivaciones profundas que tuvieron los gobernantes españoles para enviar a las aguas del Pacífico una escuadra naval y una Comisión científica (5).

Miguel Ángel Puig-Samper en su tesis doctoral, de próxima publicación, «Las aportaciones antropológicas, botánicas y zoológicas de la Comisión Científica del Pacífico», ha realizado un estudio sobre tal expedición, que pretende superar las deficiencias observadas en las obras mencionadas.

(3) Ver el Reglamento de la Comisión, firmado por el ministro de Fomento, marqués de la Vega de Armijo, en Madrid, a 9 de julio de 1862 (reproducido por Miller, como apéndice A, de su obra ya citada, [2], pp. 248-249).

(4) El padre Agustín Jesús Barreiro en 1928 editó además el diario de Jiménez de la Espada.

(5) Por ejemplo Lily Litvak resuelve la cuestión de la génesis de la expedición manifestando simplemente: «Había ya pasado más de medio siglo sin que nadie se acordase en España de mandar expediciones científicas a América. Aquellas tierras no eran ya pertenencias españolas, y además, lo que allí sucedía: guerras, asonadas, motines, no alentaba tales empresas. El 26 de marzo de 1860, los acontecimientos políticos obligaron al gobierno español a mandar a las costas del Pacífico dos buques de guerra, las fragatas 'Resolución' y 'Nuestra Señora del Triunfo', y la goleta 'Covadonga' que estaba entonces en aguas próximas a Buenos Aires». En ALMAGRO, *op. cit.*, [2], p. IX.

2. *La Comisión científica del Pacífico, una manifestación de la política hispanoamericanista de la Unión Liberal*

Para dar una respuesta a las cuestiones no resueltas por la historiografía hay que partir del hecho de que indudablemente el envío de una escuadra naval y una comisión científica a las repúblicas sudamericanas es una más de las manifestaciones del movimiento político-cultural del panhispanismo (6), que define la ofensiva americanista que protagonizaron diversos sectores de la burguesía española en la primera fase de la época bajoisabelina (1854-1861). En efecto, diplomáticos, publicistas y comerciantes españoles desencadenaron esta ofensiva a mediados de los años 1850 con el fin de estrechar las relaciones mercantiles entre España y las repúblicas hispanoamericanas, estimular y favorecer los movimientos integradores del mundo hispánico para contener el expansionismo norteamericano, y buscar un liderazgo cultural entre las naciones de habla española (7).

Tal movimiento panhispanista se inscribe en los fenómenos de los «panismos» que caracterizan el escenario internacional en la época de la construcción de la Europa de las nacionalidades, tras la eclosión del sentimiento nacionalista en las revoluciones democráticas y populares que se extendieron por toda Europa en 1848 (8). Que el panhispanismo es uno más de los panismos definitorios del escenario internacional, en la Europa de los años 1850, se deduce de la formulación utilizada por Navarro y Rodrigo para definir los criterios orientadores de la política exterior de su biografiado O'Donnell, bajo cuyo gobierno largo se tomaron las principales decisiones panhispanistas. Trasladando la «ley de la atracción de masas» al campo de fuerzas de las relaciones internacionales, este ideólogo de

(6) Sobre el movimiento político-cultural del panhispanismo disponemos sólo del estudio de Mark J. VAN AKEN, *Pan-hispanism. Its Origin and Development to 1866*, Berkeley, 1959, que resulta ser un trabajo útil, pero limitado, a falta de un conocimiento profundo de la historia política española del siglo XIX.

(7) En los trabajos de Leoncio LÓPEZ-OCÓN, «La América. Crónica hispanoamericana (1857-1886). Génesis y significación de una empresa americanista del liberalismo democrático español», *Quinto Centenario*, núm. 4, pp. 137-174, Madrid, 1982, e Introducción a los textos de Joaquín DE AVENDAÑO publicados con el título de *Imagen del Ecuador. Economía y Sociedad vistas por un viajero del siglo XIX*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1985, pp. 11-50, y *Biografía de «La América»*, (1857-1886), CSIC, Madrid, 1987, se presentan con mayor detalle los caracteres de esta ofensiva americanista.

(8) Una buena síntesis sobre estas revoluciones en Jean SIGMAN, *1848. Las revoluciones románticas y democráticas de Europa*, Madrid, Siglo XXI editores, 1977.

la Unión Liberal explicó con la siguiente constatación el fenómeno de la construcción de los panismos: «Los Estados, como los cuerpos celestes, ejercen sobre los demás pueblos una atracción que está en razón directa de sus masas, ley que regula la armonía de las esferas y que ha sugerido a la diplomacia moderna la teoría brillante y devastadora de las grandes nacionalidades para regular la armonía entre ellas» (9). Siguiendo estas concepciones mecanicistas, publicistas y diplomáticos panhispanistas elaboraron diversos planes para formar una confederación de naciones hispánicas (10) y se esforzaron en fortalecer la presencia española en el mercado americano (11), y en ejercer una política de atracción hacia los intereses españoles en Hispanoamérica.

Este programa panhispanista se desarrolló en los años 1850, estimulado por diversos fenómenos procedentes del horizonte americano. Cabe observar cómo el discurso panhispanista elaborado en España encontró cierta audiencia y receptividad en sectores de la opinión pública y en gobiernos de determinados países hispanoamericanos (12), preocupados por la política expansionista norteamericana alentada por la «Joven América», grupo de presión y movimiento ideológico del que se nutría la administración del presidente norteamericano Pierce (13). El objetivo de este grupo era establecer una comunicación lo más directa posible entre el Este y el Oeste de la Unión, a través de América Central, por lo que persistentemente alentaron el filibusterismo en los países del istmo centroamericano, fundamentalmente en Nicaragua (14). Por primera vez en la historia latinoamericana contemporánea los Estados Unidos —preocupados por anexionarse Cuba, por desmembrar Panamá de Colombia, por establecerse en Nicaragua, por apoderarse de las islas Galápagos— aparecen para muchos liberales hispano-

(9) Carlos NAVARRO Y RODRIGO, *O'Donnell y su tiempo*, Madrid, 1869, p. 189.

(10) Ver VAN AKEN, *op. cit.*, [6], pp. 79-89.

(11) Ver por ejemplo Joaquín DE AVENDAÑO, «Memorias sobre el comercio y la navegación del Ecuador con los demás países, y especialmente con España, precedida de un bosquejo del estado físico, agrícola e industrial de las diez provincias de la República», en *La América*, vol. III, núms. 3 a 9, del 8 de abril al 8 de julio de 1859, reeditada recientemente en Joaquín DE AVENDAÑO, *Imagen del Ecuador*, *op. cit.*, [7], pp. 237-322.

(12) Ver VAN AKEN, *op. cit.*, [6], pp. 72-79.

(13) Ver H. PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, Miami, 1969, tomo II, p. 21.

(14) El filibustero norteamericano William Walker se autoproclamó presidente de Nicaragua en 1856. Ver a este respecto como testimonios del interés existente en España por este problema, «Walker», *La América*, 8 de abril de 1858, vol. II, núm. 3; José María TORRES CAICEDO, «Nicaragua y los filibusteros oficiales y extra-oficiales; tratados y reclamaciones», *ibid.*, 24 de marzo de 1859, vol. III, núm. 2.

americanos como potencia imperialista, desarrollándose contra ellas muchas iniciativas bolivarianas, en las que cabe incluir proyectos de unión centroamericana y de integración andina (15).

En esta coyuntura bolivariana, y ante una persistente amenaza yanqui, los diplomáticos españoles favorecieron los movimientos integradores hispanoamericanos (16) y muchos publicistas difundieron las ideas romántico-racistas expuestas por Gobineau en su obra aparecida en París entre 1853 y 1855 *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. En este ensayo se pretendía demostrar la existencia de una dialéctica racial en el Nuevo Mundo expresada en un enfrentamiento permanente entre la raza latina y la raza anglosajona (17), claro precedente del arielismo de Rodó (18). Para los panhispanistas sólo el retorno a la solidaridad hispánica podría «prevenir la aniquilación de la raza española por los depredadores anglosajones», en palabras de un publicista de la época (19). Esta ideología panhispanista encuentra un eco sonoro y es difundida en una serie de revistas americanistas que se crean en Madrid entre 1853 y 1857 como son la *Revista Española de Ambos Mundos*, *El Museo Universal* y *La América. Crónica hispano-americana* (20), en cuyas páginas se manifiestan el vigor del diálogo político-cultural que entablan liberales españoles e hispanoamericanos, y el interés existente en la opinión pública española por los acontecimientos políticos hispanoamericanos.

Junto a los factores exógenos existen otros endógenos que con-

(15) Ver J. M. TORRES CAICEDO, «Unión entre las cinco repúblicas centroamericanas», *La América*, 8 de abril de 1859, vol. III, núm. 3; como ejemplo de un esfuerzo de integración andina cabe ver el tratado de alianza ofensiva y defensiva entre el Ecuador, Chile y Perú firmado en Santiago de Chile en 1856, cuya importancia es resaltada por el diplomático español Carlos de Sanquirico y Ayesa en un informe remitido a Madrid fechado en Quito el 20 de octubre de 1856, ver. Archivo Ministerio Asuntos Exteriores (de aquí en adelante A.M.A.E.), Ecuador, Correspondencia, 1459, Despacho núm. 56.

(16) En este sentido se sitúan las gestiones hispanoamericanistas de los representantes españoles de los gobiernos progresistas del bienio 1854-1856 en Washington y Santiago de Chile, Alfonso de Escalante y Eduardo Asquerino, respectivamente.

(17) Estas ideas son expuestas entre otros por Francisco MUÑOZ DEL MONTE, «La Europa y la América», en *La América*, 24 septiembre 1857, vol. I, núm. 14.

(18) Para un análisis del significado del arielismo de Rodó, ver José Luis ABELLÁN, *La idea de América. Origen y evolución*, Madrid, ed. Istmo, 1972, pp. 91-98.

(19) Ver VAN AKEN, *op. cit.*, [6], pp. 72-79.

(20) Sobre *El Museo Universal* ver el trabajo de Elena PÁEZ RÍOS «El Museo Universal. Madrid (1857-1869)», en *Colección de Indices de Publicaciones Periódicas del Instituto Miguel de Cervantes del CSIC*, Madrid, 1952; sobre la significación de «La América» en el movimiento panhispanista ver los trabajos mencionados de Leoncio LÓPEZ-OCÓN, [7].

tribuyen al desarrollo del panhispanismo. Cabe afirmar que debido a la consolidación de un poder nacional hubo un esfuerzo por dar respuesta a los retos surgidos en el horizonte americano. En efecto, se constata cómo el hispanoamericanismo de la década 1853-1863 se incardina en el proceso de modernización económica y política que afecta a la sociedad española en los años 1850 (21), que se ubica en un «boom» del capitalismo a nivel mundial (22).

Esta es la época de la génesis del capitalismo español (23), y de un consiguiente desarrollo en la construcción de un mercado nacional. Es en la década 1850-1860 cuando se desarrollan el sistema bancario español y la industria textil catalana, se dinamiza la agricultura de exportación, fundamentalmente el sector vinícola, gracias a una duplicación del comercio exterior entre 1852 y 1862 (24), se construyen centenares de kilómetros de vías férreas, se incrementan considerablemente los efectivos de la marina, se perfeccionan los recursos del ejército y crece la actividad de la ciencia (25). Ideológica y políticamente se observa en esta primera fase de la España bajoisabelina un fortalecimiento del estado liberal nacional, manifestado en una presión liberal sobre las estructuras de poder y en un incremento de la conciencia nacional gracias a un notable esfuerzo de centralización administrativa y desarrollo educativo, que se plasmó en la producción historiográfica (26).

Se entiende así cómo el desenvolvimiento de los elementos que caracterizan a todo poder nacional-estatal dio una gran autoconfianza a diversos sectores de la burguesía española, de manera que algunos de sus representantes empezaron a desarrollar una serie de teorías expansionistas, a plantearse la necesidad de restaurar el antiguo poder español en el mundo, y a intentar articular su diseminado «archipiélago» colonial, como se aprecia concretamente en los planteamientos políticos subyacentes al envío de una escuadra naval a aguas del Pacífico.

(21) Ver Nelson Durán DE LA RÚA, *La Unión Liberal y la modernización de la España isabelina. Una convivencia frustrada, 1854-1868*, Madrid, 1979, Akal editor.

(22) Ver E. J. HOBBSBAWN, «El gran boom», en *La era del capitalismo*, Barcelona, 1977, tomo I, pp. 45-72, Guadarrama.

(23) Ver Gabriel TORTELLA CASARES, *Los orígenes del capitalismo en España. Banca, industria y ferrocarriles en el siglo XIX*, Madrid, Tecnos, 1975.

(24) Ver Durán DE LA RÚA, *op. cit.*, [21], p. 187.

(25) Ver A. J. BARREIRO, *El Museo de Ciencias Naturales*, Madrid, 1944, pp. 237-285, y P. GONZÁLEZ BLASCO, J. JIMÉNEZ BLANCO y J. M. LÓPEZ PIÑERO, *Historia y sociología de la ciencia en España*, Alianza Universidad, Madrid, 1979, pp. 76-84.

(26) Ver Paloma CIRUJANO MARÍN et al., *Historiografía y Nacionalismo español 1854-1868*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, CSIC, 1985.

3. *La reivindicación de una estación naval en el Pacífico sudamericano: la génesis de una empresa militar y científica*

Como se ha intentado mostrar, es en el contexto histórico-político de despliegue de una política panhispanista en el que cabe ubicar la decisión de enviar una escuadra naval al Pacífico. Una cuestión a destacar, y sobre la que aún no se ha reparado lo suficiente, es la de considerar la supeditación que tiene la Comisión científica respecto a la escuadra naval que se envía al Pacífico sudamericano en los aspectos organizativos. La Comisión científica del Pacífico aparece desde un principio, en efecto, como empresa subsidiaria de la Escuadra naval que zarpó del puerto de Cádiz rumbo al Pacífico en agosto de 1862. Ya desde el 26 de marzo de 1860 el gobierno español había decidido enviar a las costas del Pacífico dos buques de guerra, las fragatas *Resolución* y *Nuestra Señora del Triunfo*, a las que debía añadirse la goleta *Covadonga* surta en la base naval que tenía España en aguas del río de la Plata. Dos años se demoró la preparación de la escuadra —hay que tener en cuenta que entre marzo de 1860 y agosto de 1862 las necesidades de la marina española se multiplicaron al producirse la guerra contra Marruecos, la anexión de Santo Domingo, y los preparativos de la intervención contra México. Hasta sólo dos meses y medio antes de emprender el viaje la escuadra, no se pensó en sumarle una empresa de investigación científica (27).

Esta dependencia organizativa de la Comisión científica respecto a la escuadra explicaría en parte los problemas surgidos en el desarrollo del viaje entre marinos y científicos, y la indirecta implicación de los científicos en el conflicto bélico que enfrentó a España con Perú y Chile a partir de abril de 1864, cuando la escuadra naval española se apoderó de las islas Chincha como medida de represalia contra el gobierno peruano, por no haber castigado éste a los responsables de la muerte de diversos súbditos vasco-españoles en la hacienda de Talambó (28). Tal implicación finaliza cuando son separados los científicos de la Escuadra, y cuatro de los naturalistas preparan a partir del verano de 1864 desde Guayaquil «el gran viaje». Es el viaje que los zoólogos Martínez Sáez y Jiménez de la

(27) Ver tesis doctoral de Miguel Angel Puig-Samper, vol. I, [2], pp. 19 y ss.

(28) Sobre este conflicto ver Pedro DE NOVO Y COLSON, *Historia de la guerra de España en el Pacífico*, Madrid, 1882; William C. DAVID, *The last Conquistadores. The Spanish Intervention in Peru and Chile, 1863-1866*, Lima, 1966; Carlos GARCÍA-BARRÓN, *Cancionero de la guerra hispano-peruana de 1866*, Miami, 1979.

Espada, el botánico Isern y el antropólogo Almagro realizan atravesando Sudamérica por la parte más ancha, siguiendo el paralelo 2 de latitud meridional desde Guayaquil hasta el Atlántico por el curso del Amazonas, y protagonizando la etapa más productiva científicamente de la expedición.

Con el envío de una escuadra naval al Pacífico sudamericano se daba respuesta a una reivindicación, unánimemente solicitada por los diplomáticos españoles radicados en los países sudamericanos ribereños del Pacífico como Chile y Ecuador, de la que tenemos constancia por los informes periódicos que remitían a Madrid al Ministerio de Estado (29). Se pensó que estos buques permitirían establecer una estación naval, la cual fue proyectada tanto como un instrumento de la política panhispanista que España debía llevar a cabo, como un medio de defender los intereses españoles en un área que se revalorizaba económicamente y estratégicamente, y como una plataforma para incrementar la comunicación entre la metrópoli y las Filipinas. Estas consideraciones se hicieron un lugar común entre los diplomáticos que representaron a España en el Ecuador en los años 1850. El Ecuador era una buena atalaya para percibir la revalorización económica y estratégica de la cuenca del Pacífico a partir de los hallazgos auríferos de California y Australia. Además, en ese período histórico el Ecuador se convirtió en un excelente campo de observación y acción para tales diplomáticos, ya que el mercado español era el más importante cliente del cacao guayaquileño, principal rubro de las exportaciones ecuatorianas (30). Tal hecho estimuló a los diplomáticos españoles a intervenir en los asuntos internos del Ecuador. Se observa en la lectura de sus informes cómo estos diplomáticos de talante conservador intentaron por todos los medios involucrar al gobierno español en las luchas civiles entre liberales y conservadores ecuatorianos, presentando al caudillo liberal ecuatoriano, Urquinaena, como un dictador y esforzándose en demostrar que el urvinismo perjudicaba a los intereses españoles.

Así, por ejemplo, la ideología intervencionista de uno de estos diplomáticos —Bróguer de Paz— se expresa con claridad en el despacho reservado que envió a Madrid el 16 de noviembre de 1855 (31).

(29) A.M.A.E., Chile. Correspondencia, Legajo 1437, despacho 52 en el que Eduardo Asquerino propone en 1855 al Ministerio de Estado establecer una estación naval en el Pacífico para proteger los intereses de los españoles en el Perú. También, A.M.A.E., Ecuador. Correspondencia, Legajo 1459, despachos diversos.

(30) Joaquín DE AVENDAÑO, *Imagen del Ecuador, op. cit.*, [7], pp. 306-307.

(31) A.M.A.E., Ecuador. Correspondencia, Legajo 1458, despacho núm. 59, reservado.

En su opinión, las administraciones de los países sudamericanos, a excepción de Chile, entonces bajo la égida de gobiernos conservadores, estaban formadas por personas, en su mayor parte, «conocidamente incapaces y de antecedentes inmorales». En el Ecuador se había visto «a los hombres que lo dominaban desde el motín de julio de 1851 ceder, por el ansia de coger una cantidad de oro, hermosos territorios de su patria, como cuando propusieron vender las Galápagos a los Estados Unidos, por lo que si no se intentaba contener a tales gobiernos en sus tendencias depravadas llegaría el momento en que serían más nocivos al comercio y a la civilización del mundo que lo era el de Argel antes de 1830». A renglón seguido expone que, dado que Francia e Inglaterra estaban planeando establecer de una manera fija en las Repúblicas sudamericanas gobiernos de moralidad que asegurasen el orden y la tranquilidad a sus oprimidos habitantes, el Gobierno español debía participar en estos proyectos y ejercer su influencia en mejorar la suerte de unos países abiertos en otro tiempo a la civilización por el esfuerzo español. Para coadyuvar a la realización de estos proyectos el Gobierno —«con mano activa y a costa de cualquier sacrificio»— debía enviar y sostener en el Pacífico dos o tres buques de guerra.

Obviamente este mensaje intervencionista no podía en Madrid encontrar audiencia en pleno gobierno progresista, de cuya política innovadora concerniente al Ecuador cabe destacar la creación de una comisión parlamentaria que dilucidase las responsabilidades de doña María Cristina, madre de Isabel II, en el apoyo a la frustrada expedición que organizó Flores en 1847 para recuperar el poder (32).

En Carlos de Sanquirico y Ayesa, secretario de la Legación de Quito a partir de fines de 1856, la ideología contra el caudillo liberal Urbina adquiere más vigor y consistencia, y en un corto espacio de tres meses envía una serie de informes y memorias a la Cancillería española donde desarrolla ampliamente su pensamiento anti-liberal y panhispanista (33). Para Sanquirico la razón fundamental

(32) Sobre la expedición de Flores al Ecuador, ver Leoncio LÓPEZ-OCÓN, Estudio introductorio a Joaquín DE AVENDAÑO, *Imagen del Ecuador*, pp. 17-22, [7]. Que Flores era una «bête noire» para la izquierda española de aquella época lo demuestra el que ocupe un lugar relevante en la obra del socialista utópico español Wenceslao AYGUALS DE IZCO, *Historia de los verdugos de la humanidad*, publicado en Madrid en 1855. Estas alusiones fueron a su vez recogidas por el liberal radical ecuatoriano Pedro MONCAYO en su obra *El Ecuador de 1825 a 1875. Sus hombres, sus instituciones y sus leyes*, Santiago de Chile, 1885, pp. 762, 781-782 y 787.

(33) Al justificar doctrinalmente su antiurvinismo se hacía eco Sanquirico y Ayesa de las tesis políticas sostenidas por el partido conservador con el que

por la que había que apoyar al partido del general Flores en la lucha política que tenía entablada con el urvinismo, radicaba en el hecho de que la administración de Urvina no favorecía los intereses españoles, como lo demostraba su negativa a modificar el artículo XVI del Tratado de Paz y Amistad firmado en 1840, es decir en mantener su oposición a conceder a España la cláusula de nación más favorecida. Para este diplomático cabía tomar dos caminos para modificar tal actitud: o bien resolviendo decididamente la cuestión acerca del gobierno ecuatoriano con el apoyo de alguna fuerza naval en Guayaquil, cuya mera presencia «es un exordio muy insinuador y sirve de argumento decidido cerca de esta gente»; o bien obligándolo indirectamente a desear por sí mismo dicha modificación, recargando al efecto en los aranceles españoles el derecho de importación del cacao de Guayaquil, con cuya medida descenderían los beneficios que los agroexportadores ecuatorianos obtenían en el mercado español. Había que adoptar estas agresivas medidas porque «vergüenza causa pensar que la España que podría dictar la ley al Ecuador, por cuanto le compra las 5/6 partes de su cacao y deja en sus arcas 600 mil pesos anuales esté siendo desde hace tiempo juguete de la astucia y villanía del gobierno ecuatoriano» (34).

Teniendo en cuenta estos hechos consideraba Sanquirico en otro despacho que con el gobierno de Urvina no se podía adoptar una política de «prudente tolerancia y conciliadora imparcialidad, una conducta templada, amable y sencilla —como se exponía en numerosas circulares del Ministerio de Estado—, sino una política de fuerza, una conducta enérgica» (35). Para confirmar su aserto expone en este despacho que todo Gobierno que quisiese conseguir algo, y no ver hollados sus derechos, debía disponer de una fuerza material de apoyo, pues cerca de los gobiernos sudamericanos era «más eficaz la presencia de un comandante de fragata que la de un agente diplomático». El hecho de que Francia e Inglaterra dispu-

se vincula familiarmente al casarse con una de las hijas del prominente latifundista Manuel Salvador, como señala Joaquín DE AVENDAÑO, *Imagen del Ecuador, op. cit.*, [7], p. 175. El pensamiento panhispanista de Carlos de Sanquirico y Ayesa aparece expresado en sus «Estudios sobre las relaciones que mantienen las repúblicas hispanoamericanas con los Estados Unidos y las que debieran tener con España», publicados en la revista madrileña *La América*, 8 octubre, 24 noviembre 1858 y 24 de septiembre y 8 de octubre de 1859, vol. II, núms. 15 y 18 y vol. III, núms. 14 y 15.

(34) *A.M.A.E.*, Ecuador. Correspondencia, Legajo 1459. Carlos de Sanquirico y Ayesa al Primer Secretario de Estado, despacho núm. 44, Quito, 8 de septiembre de 1856.

(35) *Ibid.*, despacho núm. 45. Quito, 21 de septiembre de 1856.

siesen de fuerzas en el Pacífico explicaba el éxito que en todas sus reclamaciones tenían sus representantes. Por tales razones, y después de recalcar cómo una serie no interrumpida de hechos demostraba la ineficacia de una política tolerante e imparcial, consideraba que era tanto útil como necesario el envío de algunos buques de la Marina Real española al Pacífico.

En un despacho posterior reservado, fechado en Quito el 22 de octubre de 1856 (36) —y como complemento a otros enviados anteriormente en los que había planteado un sistema internacional encaminado a «reconquistar la preponderancia moral... y hacer crecer la prosperidad material de España»— expone una serie de observaciones sobre el establecimiento de una estación naval permanente en la América del Sur en el Pacífico, dado que una de las condiciones necesarias para el buen éxito de su proyecto panhispanista era la necesidad de disponer de una fuerza naval como apoyo material y moral. Disponer de tal fuerza naval permitiría cumplir una serie de objetivos: 1.º, defender los derechos e intereses nacionales existentes en los países del Pacífico sudamericano; 2.º, dar a conocer por fin la España en sus antiguas colonias con respetabilidad y poder «pues tan triste como errónea es la opinión que hay en todos estos países acerca de la organización y fuerza de nuestra patria»; 3.º, formar marinos y marineros, dándoles la pericia y los hábitos de disciplina y exactitud, y la ligereza en las maniobras que sólo se pueden adquirir en los largos y penosos viajes.

Para adecuar la utilidad con los fondos que pudiese disponer el Ministerio de Marina, Sanquirico expone también cómo debería organizarse el servicio. Los buques se pondrían en ruta para tres años, saliendo de España para Río de Janeiro y Montevideo, pasando los buques que estuviesen en esos puertos al Pacífico, de modo que, cuando los buques procedentes de Montevideo llegasen a Valparaíso, uno de ellos corriese la costa tocando en todos los puertos del litoral hasta Centro-América para de ahí pasar a Manila, mientras el otro se quedaba entre Valparaíso y Guayaquil, hasta que llegado el relevo emprendiese la misma marcha que el anterior, es decir hasta la costa de México y de ahí a Manila y España. Tras exponer la organización rotatoria de los buques manifiesta que éstos no deberían de estar parados en un mismo puerto, sino visitar todos los puertos de su apostadero, corrigiendo las posiciones de los cabos

(36) *Ibid.*, despacho núm. 59, reservado. Quito, 22 de octubre de 1856.

(37) Sorprende observar las analogías existentes entre este proyecto expuesto por Sanquirico y el ulterior desarrollo de la expedición naval y científica, que Galdós glosaría en uno de sus Episodios Nacionales, *La vuelta al mundo de la Numancia*.

e islas, instruyéndose los oficiales como los marineros, de modo que los buques de Valparaíso y Lima hiciesen viajes de puerto a puerto entre esos dos puntos hasta Panamá y Punta Arenas respectivamente.

El llegar a Manila era importante según Sanquirico porque, además de hacer un viaje alrededor del mundo (37) se solucionarían los problemas derivados de la existencia de deserciones en la derrota: suave y en popa, la navegación a Manila exigía poca gente, y en Filipinas, como colonia española habría posibilidades para renovar la tripulación y regresar a España, además de que los buques podrían prestar allí cualquier servicio y visitar algunos puertos de Asia, y sobre todo contribuiría a asegurar y desarrollar la prosperidad de las posesiones asiáticas españolas (38). Sanquirico no olvida resaltar que las islas Filipinas —cuya importancia hacía ya decir en 1787 a Laperousse «que solas, bastaban como colonias, para que pudiera una Nación considerar sin envidia a las demás»— siguen teniéndola cada día mayor en virtud de su población, de las riquezas de su dilatado suelo y sobre todo de esa situación topográfica que le concedían, a la vez que un inmenso valor material una manifiesta significación geopolítica (39).

En el relato del viaje, publicado por el Museo Universal en 1861, y reeditado recientemente por nosotros, de Joaquín de Avendaño, quien fuera cónsul de España en Guayaquil en los años 1857 y 1858, también aparece con claridad la reivindicación de una estación naval en el Pacífico, a semejanza de la que había en el río de la Plata desde 1845 (40).

Avendaño concibe a tal estación naval como un instrumento panhispanista que contribuiría, en primer lugar, a contener el expansionismo norteamericano en el Pacífico. Cuando, tras embarcar en el vapor *Bolivia*, el 20 de diciembre de 1856 rumbo a Guayaquil, Avendaño divisa nada más salir de Panamá las islas de Taboga y Taboquilla —donde los norteamericanos tenían una estación naval para proteger el ferrocarril del istmo recién terminado de construir con capital estadounidense— se manifiesta entonces con vehemen-

(38) *Ibid.*, despacho núm. 74. Quito, 10 de diciembre de 1856.

(39) Sobre el interés por las Filipinas en la España de fines de los años 1850 ver por ejemplo, Casimiro DE GRAU Y FIGUERAS, «Memoria sobre la población y riqueza de las Filipinas y las reformas económico-administrativas que el gobierno español debe plantear», *La América*, vol. II, núms. 12 y 13, 24 agosto y 8 septiembre 1858.

(40) Ver Miguel ÁNGEL DE MARCO, *La Armada española en el Plata (1845-1900)*, Rosario, 1981.

cia su sentimiento antiyanqui y su nacionalismo encaminado a la acción:

«Estos buques de la marina de guerra americana, colocados allí como en acecho para lanzar sus codiciosas garras sobre las efímeras repúblicas sur-americanas, en momentos de conflictos supremos, contristáronme en gran manera. Aquí dije entonces, ondeó potente el pabellón de Castilla: aquí éramos respetados y temidos: aquí imperábamos: aquí dominábamos. Nadie disputaba nuestros derechos. Hoy ni un solo buque de nuestra marina de guerra visita las aguas del Pacífico: ¡tan abatida está ya nuestra España! ¡Hombres políticos! ¿por qué en vez de consumir vuestro rigor en inútiles cábalas y rencillas no lanzáis una mirada escudriñadora hacia esa América, que fuera nuestra y cuyo seno encierra todavía intereses vitales para España? Afortunadamente, los ingleses y franceses, teniendo mucho menos que defender y que esperar imponen respeto con la presencia de sus buques a los norteamericanos conteniendo su ambición, cuyo desarrollo envuelve la ruina, no solo de nuestros actuales intereses y de nuestro porvenir, sino de nuestro honor y hasta de nuestra raza en América» (41).

En segundo lugar, permitiría también destruir la falsa imagen que se tenía de España en las repúblicas hispanoamericanas. Avendaño constataba la existencia de tal estereotipo en uno de los pasajes de su relato:

«Reina una casi general ignorancia acerca de los hombres y las cosas de España. Los enemigos de nuestras glorias esparcieron entre aquellas gentes sencillas mil ideas absurdas. Creen, como artículo de fe que no tenemos comercio, ni industria, ni ciencias, ni artes, ni literatura, ni caminos, ni canales, y lo que es peor para nuestros compatriotas que frecuentan la América, ni ejército, ni armada. Pasmadas quedaban muchas personas de la buena sociedad, a quienes con datos irrecusables les hacía ver lo contrario. Esta preocupación fatal para nuestro comercio y para nuestra tan natural como justa influencia en aquellas comarcas, no cesará hasta que nuestros buques de guerra paseen los puertos del Pacífico, a lo menos en igual proporción que los de Francia e Inglaterra» (42).

Asimismo posibilitaría respaldar, con la fuerza si fuese necesario, los intereses españoles en el Ecuador, pues Avendaño había observado que «los pueblos americanos hacen como los niños: obedecen más al sentimiento que a la razón. No basta persuadirlos, es necesario que sientan» (43).

Como queda patente a través de estos testimonios, el proceso

(41) Joaquín DE AVENDAÑO, *Imagen del Ecuador*, op. cit., [7], p. 75.

(42) *Ibid.*, p. 145.

(43) *Ibid.*

de toma de decisiones que tuvo lugar en Madrid para enviar una escuadra naval al Pacífico sudamericano se produce dentro de un sentimiento colectivo panhispanista surgido en diversos círculos políticos y diplomáticos.

Por algunos indicios existentes pareciera que los científicos que viajan con los marinos a Sudamérica tenían el encargo de realizar observaciones y estudios que se adecuaban al objetivo de establecer una estación naval en aguas del Pacífico sudamericano (44).

4. *Las diversas motivaciones nacionalistas de una empresa científica*

Indudablemente fue el fenómeno del nacionalismo el que sirvió de substrato ideológico para diseñar la ambiciosa y poco realista política exterior que planea tras la serie de intervenciones militares llevada a cabo por España durante el gobierno largo de O'Donnell y de la Unión Liberal (1858-1863). Asimismo este nacionalismo alentó el programa panhispanista y explica el envío a Sudamérica de la Comisión científica del Pacífico, según se deduce del comunicado del director general de Instrucción Pública al ministro de Fomento, de 17 de mayo de 1862, en el que manifestaba:

«Estando destinada al Pacífico una Escuadra mandada por el General Pinzón, es muy conveniente que en ella vaya una misión científica, como lo practican las naciones cultas en casos semejantes y lo ejecutó España con tanta gloria como la que más en la segunda mitad del pasado siglo... esta Dirección general tiene la honra de someter a su superior aprobación, las dos siguientes bases, para preparar el proyecto que tanto interesa al adelantamiento de las ciencias y a la gloria nacional» (45).

Los elementos definitorios de este nacionalismo aún no han sido esclarecidos por la historiografía española. Recientemente, el nacionalismo que dio el tono a la época de la Unión Liberal, y que motivó la política de «intervenciones militares» —iniciada en la expedición a Cochinchina en 1858 y culminada con el bombardeo del Callao el 2 de mayo de 1866— ha sido calificado de «retrospectivo» en cuanto que no estaba ensamblado con ningún proyecto de futuro y

(44) Por ejemplo, Manuel Almagro en la memoria ya citada, [2], p. 77, al describir Guayaquil señala: «Guayaquil no está precisamente sobre el Pacífico, y sí sobre el río Guayaz (sic), que lo hace comunicar con el Océano; en la desembocadura del río está situada la isla de Puná, cuya topografía es ventajosísima para una estación marítima» (subrayado nuestro).

(45) R. R. MILLER, *op. cit.*, [2], p. 23.

se fundamentaba en el intento de revivir prestigios de antaño para suscitar entusiasmos y consolidar un «status quo» político (46). Y sin embargo, y según se deduce de la mayor parte de las fuentes —prensa, informes diplomáticos, debates parlamentarios—, la ideología nacionalista dominante en la España de los años 1850 fue el nacionalismo «integral», ideología justificadora del imperialismo a través de una amplia gama de argumentaciones económicas políticas, y «morales» (47). Esta ideología, exaltadora del prestigio nacional e hipersensible a las ofensas al honor nacional, tuvo muchos elementos proyectivos, como se aprecia al profundizar en el conocimiento del movimiento panhispanista (48).

En la misma Comisión científica del Pacífico confluyen elementos retrospectivos y proyectivos. Los científicos integrantes de la expedición eran conscientes de ser continuadores de las grandes expediciones científicas que la Corona española envió a América en los siglos XVI y XVIII hacia las figuras de Francisco Hernández, Mutis o Malaspina echaban su mirada retrospectivamente (49), pero simultáneamente tenían interés por mostrar en América los adelantos de la ciencia española contemporánea, de los que por otra parte ciertos círculos latinoamericanos estaban bien informados (50).

Describir al nacionalismo «integral» como ideología dominante en la España bajoisabelina implica asumir que el nacionalismo impulsor de la activa política exterior extraeuropeo de la Unión Liberal no fue un movimiento ideológico coherente y unívoco. Si existió quizá una cierta homogeneidad en las actitudes políticas de la opinión pública ante la guerra contra el imperio de Marruecos en 1860

(46) José María JOVER, Introducción a *La era isabelina y el sexenio democrático (1834-1874)*, tomo XXXIV de la Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, p. 90.

(47) El concepto nacionalismo «integral» es tomado por John H. HERZ en «Relaciones Internacionales. Aspectos ideológicos», en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 9, Madrid, Aguilar, 1977, p. 199. Al referirnos al imperialismo estamos remitiéndonos al «imperialismo diplomático-comercial» que hay que diferenciar del «imperialismo militar-industrial».

(48) Este nacionalismo proyectivo se plasma en muchos artículos de la revista *La América*: Emilio CASTELAR, «Del porvenir de nuestra raza», vol. I, núm. 8, 24 de junio de 1857; Augusto ULLOA, «Política española», vol. I, núm. 16, 24 de octubre de 1857, y en la Memoria comercial elaborada por el cónsul español en Guayaquil durante los años 1857 y 1858 Joaquín de Avendaño, reeditada en *Imagen del Ecuador, op. cit.*, [7], pp. 321-322.

(49) Manuel ALMAGRO, *op. cit.*, [2], p. 5; Marcos JIMÉNEZ DE LA ESPADA, «Una causa de Estado (La del brigadier Malaspina)», *Revista Contemporánea*, Madrid, 1881, tomo XXXI.

(50) Como les ocurría a los lectores de la *Revista del Pacífico*, editada en Valparaíso por el hispano-chileno Santos Tornero durante los años 1858 a 1861.

—todas las fuerzas políticas y sociales se expresaron casi unánimemente en favor de la guerra contra el moro— no ocurrió otro tanto en el movimiento panhispanista. En efecto, en este movimiento político-cultural, se distinguen dos corrientes de pensamiento y de acción política divergentes y contrapuestas, cuyo enfrentamiento explica las contradicciones de la política americana de los gobiernos españoles de la época bajoisabelina, por ejemplo en la cuestión mexicana (51). Simplificando un complejo problema cabe decir que si, por una parte el liberalismo avanzado español alentó una estrategia amistosa hacia el nuevo orden republicano y de solidaridad con los protagonistas de las revoluciones liberales hispanoamericanas— apoyado en las ideologías pacifistas del librecambismo y de la democracia, sustentadoras del nacionalismo democrático—, por otra parte los liberales moderados y los absolutistas, fundándose en el nacionalismo integral, defendieron una estrategia de intervención en los asuntos internos de las naciones hispanoamericanas favoreciendo a las fuerzas conservadoras que en los años 1850 y 1860 intentaron hacer frente a la difusión del liberalismo en Hispanoamérica. El triunfo final en el aparato del Estado isabelino de esta ideología belicista explica que el intenso movimiento de aproximación de fines de los años 1850 entre España e Hispanoamérica desembocase años adelante en la guerra entre España y las repúblicas andinas.

La existencia de estas ideologías nacionalistas, contrapuestas en el seno del movimiento panhispanista, contribuye a explicar las contradicciones que afectaron a la organización y desarrollo de esta expedición militar y científica, y que una empresa, que ante todo intentaba mostrar la regeneración de una España que se modernizaba a sus hermanos hispanoamericanos, terminase profundizando las diferencias nacidas en el proceso de independencia en algunas de las repúblicas andinas, como Chile y Perú.

(51) J. W. CORTADA, «España y Estados Unidos ante la cuestión mexicana. 1855-1868», en *Historia Mexicana*, núm. 107, 1978; Paloma CALLE RODRÍGUEZ, «La imagen del México de la Reforma en la opinión pública española», Madrid, 1982, Memoria de licenciatura inédita, Facultad de Geografía e Historia, Departamento de Historia de América, 96 p.